

grande. Es para mí mas admisible lo que digo algunos párrafos mas arriba, que lo que pretenden sus historiadores. Hombres como Armando de Rancé no temen las luchas cuando su corazon les impele, cuando su conviccion les guia. Se aburren quizá, pero no se cansan. Se fastidian, pero no cejan. Todo es poco para su mirada de águila que atraviesa los espacios.

Sin embargo, quisieran correr con la velocidad del rayo y esto les es imposible. Su grandeza no está pues en seguir, — entonces solo la habria en triunfar del fastidio, — su grandeza está en esperar. No ha llegado su hora. Otro camino se les debe abrir, es su fé, su esperanza, su conviccion, es ley de la humana naturaleza.

Se retiran pues, retroceden si se quiere, pero retroceden esperando, volviendo la cabeza como los espartanos.

Rancé se retiró á esperar.

Que se me diga ahora: hizo mal acaso?

Mas tarde, no vemos á Rancé tan grande en su retiro de la Trapa como á Napoleon en su trono elevado sobre los escombros de diez tronos?

Tal es mi pobre opinion.

En Veret, Rancé debió de entregarse á serias reflexiones, y una anecdota que le acaeci6 entonces le predispuso á pensar gravemente sobre su porvenir y á profundizar quizá su alma con la sonda de hierro y el frio examen de un espíritu analítico.

Recurriremos á Brot para que nos cuente esta anecdota como ya nos ha contado otra.

Una mañana Rancé llegó á su casa visiblemente conmovido y se encontró allí á un amigo que al verle tan demudada la fisonomía, se sobresaltó y le dijo:

— Qué teneis? os ha sucedido alguna desgracia?

— No, pero me ha sucedido una cosa bien estraña, — contestó Rancé.

— Qué?

— Hace cosa de tres horas me paseaba tranquilamente por el campo, cuando sorprendiéndome la lluvia, me ha obligado á buscar un abrigo bajo un árbol para guarecerme algun tanto. Hacia ya algunos momentos que me hallaba allí, cuando he visto á unos veinte pasos de distancia un pastor que recojia su ganado para retirarse. No sabré deciros porque, pero á la vista de aquel pastor me ha parecido experimentar un sentimiento estraordinario, indefinible. Podia tener sesenta años. Largos mechones de cabellos blancos caian sobre sus hombros y espaldas; era de alta estatura; su fisonomía tenia una expresion de dulce resignacion que me ha cautivado en seguida. Sus vestidos estaban

chorreando, pero parecia no hacer caso. Iba á pasar por delante de mí sin siquiera mirarme, cuando le he detenido sin saber porqué y, sin tampoco poder explicarme porqué, le he preguntado si se hallaba feliz con su estado. A esta pregunta ha clavado en mí sus ojos negros y me ha respondido con voz grave: — «Me hallo y considero tan feliz en mi estado de pastor, que los dias se me deslizan como minutos y no envidio ni la suerte de los reyes. Á veces me ocurre la idea de la muerte, pero nada espantoso tiene para mí, porque espero hallar en las campiñas del cielo lo mismo que en las campiñas de la tierra, rebaños que conducir y ovejas dispersas que volver á su redil.» A estas palabras, el pastor ha proseguido su camino y yo me he quedado meditando no poco con tal encuentro.

Esta es la anecdota que nos refiere Brot.

Si efectivamente este escritor la ha ido á buscar en buena fuente, si efectivamente le acaeci6 el hecho á nuestro abad, cuántas veces no recordaria despues en su desierto de la Trapa al pobre y humilde pastor de las campiñas de Veret!

Pero nos llaman otras escenas. Tenemos que considerar á nuestro héroe bajo otro punto de vista. Llega un momento en que su ambicion, su sed de gloria, su disipacion, sus locuras, sus vicios, hasta su misma esperanza, tod6 cede ante un nuevo deseo que brota en su alma.

Es que en el cielo de Rancé se eleva la estrella del amor.

III.

UN EPISODIO DE SU VIDA.

UNA muger se encontró un dia en el camino de Armando de Rancé. Ninguna mas bella ni mas seductera que esta muger.

La crónica picaresca del *Ojo de buey* (1) no había aun con su hábito venenoso deshojado la flor de castidad y de virtud que todos admiraban en la jóven duquesa de Montbazón.

Un tallé de Hebe, un pié que como el de Venus parecía solo formado para pisar flores, una mano modelada como la de Niobe, una noble regularidad en las facciones, una dulzura inesplicable en los ojos, una frescura maravillosa en la boca, una imaginación ardiente y entusiasta, un corazón tierno y fácil de impresionar, tal era la linda jóven.

Hija del conde de Vertus, fué solicitada en matrimonio por el duque de Montbazón que tenía nada menos que cincuenta y nueve inviernos, cuando la jóven no contaba mas que diez y ocho primaveras. Conveniencias de familia hicieron al conde Vertus aceptar y aun apresurar este enlace.

La niña se unió con el anciano, el arbolillo creció á la sombra de la encina.

La jóven duquesa amó al duque como le podía amar su corazón de diez y ocho años: le amó como á un padre. Es verdad que tampoco el duque pedía mas.

En efecto, qué puede pedirle el viejo monte coronado de nieve al valle risueño que se tiende á sus piés, mas que un poco de la tierna brisa que orea sus pensiles, mas que un poco del aroma balsámico que exhalan los cálices de sus flores?...

Armando vió á la duquesa y se enamoró perdidamente de ella. La envolvió en una atmósfera de homenajes, la siguió á todas partes, la dijo todas las palabras dulces que puede inspirar en su irresistible elocuencia un amor entusiasta.

La duquesa se contentó con sonreír.

Armando se desesperaba y su corazón rujía de dolor.

— Oh! yo necesito amar, — decía Rancé, — yo necesito un alma que responda á la mía, unos ojos que se fijen en mis ojos, un sol que me dé vida como se la dá á la planta tronchada por el soplo de la tempestad. En mi corazón hay un vacío. Yo necesito amar.

Y la condesa le contestaba:

— Habéis aprendido todas esas bellas frases en los poetas griegos?

Era un estado cruel para Armando. Él cada día mas amante y la duquesa cada día menos propicia á escuchar sus galanteos.

(1) Nombre histórico de un salón del palacio de Versalles.

Cosa verdaderamente estraña en un siglo y en una corte como la de Luis XIV! No es verdad, los que sabéis lo que era aquella corte?

Y sin embargo, preciso es confesarlo, no era todo indiferencia en la duquesa. Su corazón se sentía desgarrado por una lucha á las palabras amantes y fascinadoras de Rancé, pero la jóven retrocedía hasta parapetarse tras su deber, y allí... allí estaba en salvo.

Todos los esfuerzos de aquella alma locamente enamorada que gemía por su amor, se estrellaban contra aquel insuperable paladion.

Una noche los dos se paseaban por el jardín, apoyado el brazo de la duquesa en el de Armando que se estremecía con sacudimientos nerviosos. La brisa susurraba lánguida, las flores se mecían coquetas sobre sus tallos perfumados, los árboles se agitaban cariñosamente, la luna abrazaba con su manto de pálida luz á la pareja... la noche convidaba al amor.

Rancé se detuvo de pronto y soltando el brazo de la duquesa para arrojarle á sus piés,

— Señora, — exclamó con ímpetu, — señora, yo os amo! Amadme vos ó echadme de vuestro lado.

— Armando, estais loco, — dijo la duquesa. — Entre nosotros dos se levanta la honra de un anciano.

— Señora... — murmuró Rancé insistiendo.

— Volved á verme cuando se os haya pasado vuestro delirio. Adios!

Y la duquesa se marchó llevando una mano á su corazón que amenazaba reventar de pena y amargura.

Rancé no volvió á aparecer en el palacio de Montbazón. Comprendió todo el dolor que había en el alma que aceptaba como un martirio el alejarle. Se encerró pues con su tristeza, con su idea fija, con su amor inextinguible.

Armando esperaba.

Un año despues moría el duque de Montbazón.

Aquel año había pesado como una montaña de plomo sobre el pecho de la jóven duquesa y había destrozado aquel corazón todo ternura, todo sentimiento, todo espiritualidad.

Cuando Rancé la volvió á ver no era la misma. Su rostro llevaba las huellas del dolor del alma, sus ojos despedían una mirada marchita. Sin embargo, Armando la halló mas adorable que nunca. Volvió á caer á sus piés.

— Esperaba, señora! — le dijo solo.

— Ay! — contestó la jóven — yo no me atrevo á decir que tambien.

El amor, mejor puede decirse la adoración de Rancé hácia aquella mu-

ger, ocupa largas páginas de la historia de su vida. Era una especie de idolatría, era como un sueño de felicidad y de ventura eternas. Nadie es capaz de decir todo lo que el corazón amó, todo el tesoro de ternura que allí se encerraba y que brotó en inagotables manantiales el día que la mujer de sus sueños le dijo: Respira, corazón! como Moisés había dicho á la roca: Ábrete, peña!

Una noche, Rancé se separó de la duquesa, diciéndole:

—Me es fuerza partir, pero dentro tres días estaré de vuelta.

—Ay! no tardeis, me siento enferma y necesito teneros á mi lado.

—Os devora algun pesar oculto?

—No pero temo.....

—Qué temeis?

—Que voy á morir.

—Vaya una locura! —dijo Armando estremeciéndose.

—Locura ó nó, es mi idea fija.

—Desechadla, amiga mia. Yo moriria tambien entónces.

Hubo un momento de silencio.

—No tardareis mas de tres días, verdad? —dijo la duquesa clavando sus ojos lánguidos en los de Rancé.

—No tardaré mas.

Armando partió, pero los tres días se pasaron sin que apareciese. Ciertos asuntos que reclamaban su presencia, le retenian mal de su grado en sus tierras de Turena.

Al noveno día por la noche, un hombre embozado en su capa abria una puerta secreta del palacio de Montbazon que conducia al oratorio de la duquesa. Subia la escalera con el corazón palpitante de ansiedad.

Llegó al oratorio, lo atravesó y penetró en la estancia de la jóven pero apenas hubo abierto la puerta y dado un paso en el interior, cuando retrocedió horrorizado, cadavérico el semblante, crispados los cabellos, lanzando un grito de horror que á nada humano se parecia.

A la luz de una lámpara que ardia tristemente en la mesa, acababa de ver un ataúd y tendido en él un cadáver, pero un cadáver horriblemente mutilado.

Le faltaba la cabeza.

Rancé, porque era él como ya habrán podido imaginarse los lectores, giró sus ojos estraviados por toda la estancia y vió sobre un mueble la cabeza que faltaba al cadáver. Sus ojos estaban cerrados. Torrentes de negros y sedosos cabellos se bañaban en un lago de sangre.



El cadáver en el ataúd, la cabeza por debajo del mueble.

ger, ocupa largas páginas de la historia de su vida. Era una especie de idolatría, era como un sueño de felicidad y de ventura eternas. Nadie es capaz de decir todo lo que el corazón amó, todo el tesoro de ternura que allí se encerraba y que brotó en inagotables manantiales el día que la mujer de sus sueños le dijo: Respira, corazón! como Moisés había dicho á la roca: Ábrete, peña!

Esa noche, Rancó se separó de la duquesa, diciéndole:

—Me es fuerza partir, pero dentro tres dias estaré de vuelta.

—Ayl no tardeis, me siento enferma y necesito teneros á mi lado.

—Os devora algun pesar oculto?

—No pero temo....

—Qué temeis?

—Que voy á morir.

—Vaya una locura! —dijo Armando estremeciéndose.

—Locura ó no, es mi idea fija.

—Desechadla, amiga mia. Yo moriria tambien entónces.

Hubo un momento de silencio.

—No tardareis mas de tres dias, *retornar* —dijo la duquesa clavando sus ojos lánguidos en los de Rancó.

—No tardaré mas.

Armando partió, pero los tres dias se pasaron sin que comparciese. Ciertos señores que reclamaban su presencia, lo retenian mal de su grado en sus tierras de Turena.

Al noveno dia por la noche, un hombre embosado en su capa abria una puerta secreta del palacio de Montbazon que conducia al oratorio de la duquesa. Subia la escalera con el corazón palpitante de ansiedad.

Llegó al oratorio, lo atravesó y penetró en la estancia de la jóven pero apenas hubo abierto la puerta y dado un paso en el interior, estando retrocediendo horrorizado, cadavérico el semblante, crispados los cabellos, lanzando un grito de horror que á nada humano se parecia.

A la luz de una lámpara que andia tristemente en la mesa, acababa de ver un cadáver y tendido en él un cadáver, pero un cadáver horriblemente mutilado. Le faltaba la cabeza.

Rancó, porque era el caso se habrán podido imaginarse los lectores, giró sus ojos estraviados por toda la estancia y vió sobre un mueble la cabeza que faltaba al cadáver. Sus ojos estaban cerrados. Torrentes de negros y sedosos cabellos se bañaban en un lago de sangre.



Vió sobre un mueble la cabeza que faltaba al cadáver.

Qué pluma sería capaz de decir todo lo que sintió en aquel momento y ante aquel espectáculo Armando de Rancé?

El cadáver que yacía en el ataúd era el de la duquesa de Montbazon y la cabeza que se veía sobre un mueble la de aquel hermoso cuerpo inanimado.

Armando llevó sus dos manos á una frente que parecía querer reventar de dolor segun los latidos de sus sienes y cayó de rodillas.

Tres horas permaneció en semejante postura.

Cuando entraron por la mañana en la estancia para llevarse el cuerpo, encontraron desmayado junto al ataúd á Armando de Rancé.

Y ahora, espliquemos la escena.

La duquesa murió á los ocho dias de la ausencia de Armando y se apresuraron á hacerla el féretro, pero cuando este quedó hecho, halláronse con que era demasiado corto para el cuerpo. Entonces se recurrió á un medio, que á los servidores les pareció el mas sencillo. Cortaron la cabeza del cadáver para no tener que construir un nuevo féretro.

La tarde de aquel mismo dia la duquesa fué enterrada con gran pompa.

Media hora despues de la ceremonia, el abad de Rancé salia de París.

La muerte de su querida, dice uno de sus biógrafos, le sumerjió en el dolor mas profundo. Estuvo un mes entero sin salir de su casa. Nadie era admitido á verle y esparcióse por la corte la voz de que pasaba sus dias y una gran parte de sus noches rezando, llorando y acordándose. Todos los dolores por grandes, por verdaderos, por profundos que sean, acaban sin embargo por tener un término. La afliccion de Armando pareció calmarse. Veíasele á raros intervalos, pero estaba enteramente cambiado. Hablaba poco, respondia apenas á las palabras que se le dirijian, y á menudo miraba al cielo como para pedirle que le devolviera la única mujer á quien verdaderamente habia amado, en seguida una lágrima amarga se deslizaba por su mejilla, comprimia un suspiro, y, sentándose junto al alfeizar de una ventana y dejando errar sus miradas entristecidas por el espacio, parecia indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor.

El afecto del abad de Rancé por la duquesa de Montbazon, dice tambien en otra ocasion el mismo biógrafo, no era una de esas pasiones frívolas que un capricho ve nacer y morir. La duquesa muerta, Armando de Rancé comprendió que no podia ya refugiar su desesperacion mas que en otro solo amor, en el amor de Dios. Despues de haber amado en la hermosa duquesa á la mas perfecta criatura que hubiera salido de las manos del soberano del cielo y de la tierra, su adoracion se elevó de la criatura al Criador. El mundo no se le

presentó mas que como un sitio de dolor y de destierro; disipáronse sus ilusiones, los frívolos placeres que hasta entonces le habian embriagado perdieron á sus ojos todos sus encantos y la luz divina se presentó á iluminar su alma. El abad de Rancé, cambiado en un hombre nuevo, volvió todos sus pensamientos, todos sus deseos hácia el cielo, y el pecado se le presentó en toda su deformidad.

«Mientras que yo seguia el estravío de mi corazón, dice el mismo Rancé en una de sus cartas, bebia la iniquidad como el agua, y tan ciego estaba y tan endurecido, que todo lo que leía y oía decir del pecado no me formaba mas que una débil idea de su horror, y no me producía mas que una impresion de tan leve temor que, muy lejos de poder efectuar mi conversion, solo servia para hacerme mas culpable. En fin, prosigue, llegó la época feliz en que le plugo al Padre de las misericordias y al Dios, fuente de todo consuelo, volverse hácia mí y mirarme con ojos de favor. Al disipar esta primer mirada con su luz y su virtud las nubes y tinieblas en que estaba sumerjida mi alma, vi en la aurora de este día el monstruo infernal en cuya compañía habia vivido hasta entonces con una tranquilidad tan peligrosa porque ignoraba toda la enormidad de su astucia. El espanto que me sobrecojió á tan terrible vista fué tan prodijioso, que no creo pueda recobrarme ni en toda mi vida! Ah!... si le pluguiese al Señor hacer ver de la misma manera á los pecadores endurecidos el dragon furioso de que son los compañeros, sin duda ninguna su corazón se helaria de espanto y, lo mismo que yo, no podrian entonces morir sin un milagro de misericordia.»

La cadena de desgracias que parecia arrastrar á Rancé tenia aun algunos eslabones. Estaba nuestro héroe destinado á ver sucumbir y desaparecer todo lo que le unia al mundo.

IV.

TODAVIA RANCÉ.

HABIÁSE retirado á su posesion de Veret para rezar y llorar, á solas con su dolor, cara á cara con sus recuerdos que le punzaban el alma.

Hallábase una mañana solo, como tenia de costumbre, retirado en la estancia mas apartada de su quinta. Los codos apoyados en una mesa y la frente en las palmas, permanecia entregado por completo á graves meditaciones cuando el ruido de la puerta que se abria, le hizo volver la cabeza.

Un criado se presentó en el umbral, un criado muy querido de su amo, el único que se podia atrever á interrumpir sin ser llamado las reflexiones de su señor.

—Qué hay, Antonio?—le preguntó dulcemente Rancé (1).

—Señor, es un mensajero.

—Qué mensajero?

—Un correo del duque de Orleans.

Armando dió orden para que se le introdujera.

Entró el correo.

—Señor,—dijo á Rancé,—S. A. se muere y pide veros antes de cerrar sus ojos.

—Oh!—gritó Armando llevando su mano al corazón y cubriendo su rostro de una palidez mortal.—Todavía mas!

(1) Este criado servidor adicto de Rancé, hizose mas tarde monje de la Trapa para no abandonar á su amo y vivió santamente en el claustro con el nombre de hermano Antonio.